

A veces prosa

Guido Gómez de Silva, habitante del bosque de las palabras

Adolfo Castañón

Guido era como un duende misterioso. Nunca se sabía a qué hora había llegado o entrado a las oficinas o a las salas. Parecía deslizarse; quizá materializarse: las suelas de goma de su calzado deportivo combinado con su traje de calle quizás ayudaban. Parece que Guido hubiese estado ahí desde hacía mucho tiempo. Venía, en efecto, de muy lejos; había nacido en Padua, Italia, el 14 de mayo, es probable que años después supiera que había nacido el mismo día en que moría en Londres el popular escritor inglés Henry Rider Haggard, autor prodigioso de *Las minas del Rey Salomón*, novela de la cual quizás habría podido ser personaje. Vino al mundo en la histórica Padua donde habían nacido Tito Livio, el historiador romano en 59 a. C., y el grabador y pintor Andrea Mantegna en 1431 y donde dio cátedra, en la venerable universidad, la segunda de Italia fundada en 1222, Galileo, y fueron estudiantes Dante, Petrarca y Tasso; en Padua, cuyo jardín es el más antiguo de Europa (1545) según recuerda el propio Guido en su *Diccionario geográfico universal* (1997).¹ El nombre de Guido, como recuerda su maestro, amigo y dos veces compatriota Gutierre Tibón, por italiano y por mexicano, 20 años mayor que él, tiene un origen “Germánico, *Wido*, hipocorístico de un nombre cuyo primer elemento era *wid-*, ‘selva, bosque’ (confróntese el inglés *wood*), como Viduquindo, Vitiges, Videmaro (Witimar), Vitiza: los tres últimos reyes godos de España [...]. Francés, inglés, *Guy*”, dice el enciclopedista milanés en su *Diccionario etimológico comparado de nom-*

¹ Guido Gómez de Silva, *Diccionario geográfico universal*, FCE/Academia Mexicana de la Lengua, México, 1997.

bres propios de persona (1956-1986).² El apellido Silva remite por supuesto al latín “selva”, “floresta” (silvestre o cultivada) según el mismo investigador. Así que nuestro Guido resulta dos veces silvestre y boscoso, para no hablar del Gómez que remite a Guma, nombre gótico para hombre: hombre de los bosques y de las flores. Nada quizá más apropiado para bautizar al que sería artífice de diccionarios cosmopolitas y universales. Llamo la atención sobre el hecho de que la primera lengua de Guido no fue el español sino la variedad del habla itálica hablada en Padua. Luego aprendería francés, inglés y dominaría desde el observatorio de su bóveda craneana el firmamento de las lenguas. Siempre me llamó la atención el hecho de que Guido hubiese escrito y publicado como primer libro un *Breve diccionario etimológico del español*,³ editado en inglés por la casa holandesa Elsevier en 1985 cuando Guido tenía 60 años. Nuestro Guido dijo que esta obra fue escrita con el propósito de auxiliar al lector no hispanohablante con un instrumento práctico y de fácil acceso para manejarse en español. Una cosa importante: Guido no escribió ni compuso ni este ni ninguno de los otros diccionarios por ningún encargo o encomienda institucional. Como a él mismo le gustaba repetir, los hizo porque eran los diccionarios que a él le habría gustado consultar: “Cuando hice el

² Gutierre Tibón, *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de personas*, primera edición, UTEHA, 1956; segunda edición corregida, FCE, 1986; tercera edición, 1998; tercera reimpresión, México, 2003.

³ Guido Gómez de Silva, *Elsevier's Concise Spanish Etymological Dictionary*, Elsevier Science Publishers, Amsterdam, 1985, 559 pp.

Diccionario etimológico de la lengua yo pensaba que no había ninguno como el mío. Y en el *Diccionario internacional* me sucedió lo mismo. Pensé que sería muy bueno tener una obra de consulta que reuniera términos literarios y gramaticales. Primero los hice para mí, para tenerlos”.⁴

Años más tarde el Fondo de Cultura Económica tuvo la fortuna de captar para su sello esta obra en la que Guido practicó una de las artes de la que era dueño: la reducción inteligente, la condensación sagaz, la voluntad de alquitarar o de extraer la esencia de las cosas. Este arte de la síntesis y el compendio no podía haberlo dominado sin haberse entrenado durante largos años en la delicada traslación en vivo del fárrago diplomático y burocrático que practicó heroica y abnegadamente durante muchos años en y para la ONU dejando ahí, más que una huella, una escuela. Pero creo que no hay mejor escuela que la que nos dejan sus libros. Guido Gómez de Silva trabajó como intérprete muchos años y en distintos foros nacionales y extranjeros. Cuando se dice intérprete, rara vez se tiene presente la dura realidad cotidiana del que está encerrado en una pequeña cabina sometido a la presión de la traducción simultánea y precisa de un discurso o una conferencia. De esa realidad agobiante sólo se puede escapar con mucho

—, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, primera edición, FCE, México, 1988; quinta reimpresión, 1996; segunda edición, 1998; tercera reimpresión, 2003, 736 pp.

⁴ Entrevista a Guido Gómez de Silva, “Edita el FCE, diccionario único de literatura” por Jorge Luis Espinosa, en *unomásuno*, sábado 25 de marzo de 2000, p. 35.

sentido de humor, compañerismo y solidaridad entre los intérpretes, como bien sabían Julio Cortázar, Guido Gómez de Silva y Tomás Segovia. Precisamente este, con el seudónimo travieso de François Segovillon, dejó en la memoria de sus colegas intérpretes unos versos donde se menciona a varias de ellas, como Flora Botton y Rosa Durán Gili, a cuya gentileza y memoria los debemos:

Dictes moy où, n'en quel pays,
est Flora la belle matrone

Guido, La Porte,
Jeannine, Rose Mari
ou bien Simone

Eco parlant au microphone
grosse bêtise répétant
Imitation vaine ou poltronne
Mais où sont les intelligents?⁵

La ironía presente en estos versos habla bien del sentido del humor ambiente en la sofocante cabina del traductor e intérprete que antes de escribir diccionarios tuvo que sufrir durante mucho tiempo, Guido Gómez de Silva.

Guido Gómez de Silva fue el octavo ocupante de la silla número 1 de la Academia Mexicana de la Lengua. Su antecesor fue el filósofo y periodista Jesús Guízar y Azevedo. Fue propuesto por su maestro y amigo Manuel Alcalá, y por José G. Moreno de Alba y Gabriel Zaid. Su discurso de ingreso, titulado “Los diccionarios de ayer y de mañana”, hace una historia, una anatomía y una clasificación de los diccionarios a las que se añaden unas páginas precursoras sobre el diccionario en el universo de los medios electrónicos y de sus inusitadas posibilidades; también da ahí una serie de orientaciones sobre el número idóneo de artículos que puede tener un diccionario, así como un cálculo sobre las cifras de los topónimos y apellidos en el mundo (de Estados Unidos y de Japón a Corea). El discurso fue

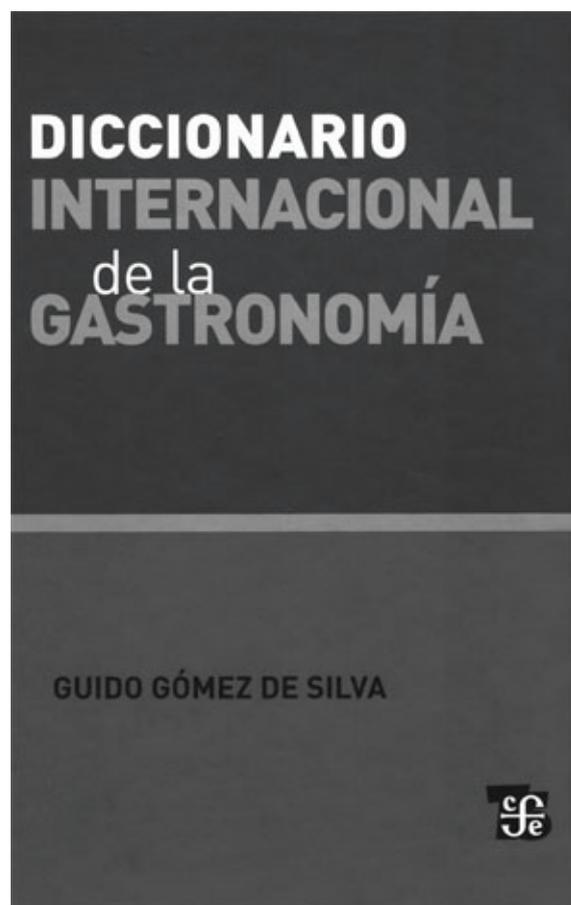
respondido por Manuel Alcalá, quien dio ahí una lección de lo que puede ser una semblanza de académico. El tema de la historia de los diccionarios era el agua en que mejor nadaba el pez llamado Guido Gómez de Silva, como lo prueba su intervención “La historia de los diccionarios y el nuevo diccionario de la Real Academia Española de octubre de 2001”, que se remonta al origen de la escritura. En este artículo Guido cita una frase ingeniosa del doctor Johnson acerca de los diccionarios “que son como los relojes; el peor es mejor que ninguno, y no puede esperarse ni del mejor que funcione perfectamente”. De hecho, sus diversas intervenciones académicas, como las “Consideraciones acerca de los topónimos mundiales en español” o acerca del *Diccionario breve de mexicanismos*,⁶ cuyo prelude fue la empresa colectiva en la que él participó del *Índice de mexicanismos* (1997),⁷ son capítulos ineludibles en lo que podría llamarse la historia y teoría del diccionario en México. Guido fue uno de los laboriosos participantes de ese notable *Índice de mexicanismos* prologado por José Luis Martínez y articulado en torno a un plan de trabajo presentado por el entonces académico Gabriel Zaid.

Guido tenía una rara aptitud para ejercer sobre sí y sobre los otros el dominio de la atención, la capacidad para la concentración no sólo en lo que se dice sino en lo que se oye. Este raro arte es el aire que recorren sus diversas y notables intervenciones académicas que van desde la memoria de los etruscos (acaso piadoso ejercicio hacia los antepasados de su ciudad nativa hasta el origen de la escritura o la explicación y juego del signo matemático Π , 3.1416, la enigmática cifra que ha servido como palanca del cálculo infinitesimal). Me permitiré citar brevemente de la transcripción de las dos páginas que Guido expuso el 10 de noviembre de 2011 en una sesión inolvidable con su perfecta pronunciación de otras lenguas:

⁶ Guido Gómez de Silva, *Diccionario breve de mexicanismos*, Academia Mexicana de la Lengua/FCE, México, 2001, 252 pp.

⁷ *Índice de mexicanismos*, Academia Mexicana/FCE/Conaculta, primera edición, 1997; segunda edi-

“Para recordar estos números y una pequeña parte de la continuación se han creado en algunos idiomas ciertas frases y aun poemas mnemotécnicos; cuando son poemas, en inglés hasta tienen el apodo de *piems* (en vez de *poems*)”. Algunos de los ejemplos son los siguientes. Del francés: “Que j’aime à faire connaître ce nombre utile aux sages (3.1415926535...): ‘Cuánto me gusta dar a conocer este número



útil para los sabios”. Del inglés: “How I need a drink, alcoholic in nature, after the heavy lectures involving quantum mechanics! (3.14159265358979...) (sir James Jeans, 1877-1946): ‘Cuánto necesito una bebida, de naturaleza alcohólica, después de las pesadas conferencias acerca de mecánica cuántica’”.

Precisamente este cálculo de lo ínfimo e infinito es quizás una de las lecciones de este austero habitante del bosque de las palabras que cada día se parecía más al legendario Pitágoras. Consta en las actas

ción, Academia Mexicana, 1998; tercera edición, 2000, 696 pp.

⁵ François Segovillon (versos de Tomás Segovia parodiando la “Ballade des Temps de Jadis” escrita en francés medieval y que daría luego lugar a diversas canciones populares en nuestro siglo).



Guido Gómez de Silva

de la Academia que la mayoría de sus “textos” recogidos son transcripciones de exposiciones orales improvisadas que sabía ir desgranando con elocuente media voz capaz de sosegar el ambiente hasta hacer sensible la caída de un miligramo prodigioso. Esta imagen no es fortuita: en la página 231 de su *Diccionario internacional de la gastronomía*⁸ aparece un “Diccionario básico de gastronomía en cinco idiomas” donde se anuncian las palabras en español, inglés, alemán, francés e italiano. Un asterisco alerta: “esta disposición hace que estas dos partes del libro equivalgan a veinte diccionarios bilingües”. Guido Gómez de Silva sabía que un libro bien hecho vale por muchos. Sus diccionarios, huelga decirlo, lo demuestran.

Me quisiera detener brevemente en el citado *Diccionario internacional de la gas-*

⁸ Guido Gómez de Silva, *Diccionario internacional de la gastronomía*, primera edición, FCE, México, 2004; segunda edición, 2010, 262 pp.

tronomía que está dedicado a la memoria de su hermana Manuela Gómez de Silva, “muchacha dulce y agradable”. Y dulce y agradable es este compendio instructivo de voces relacionadas con la alimentación mundial. El diccionario trae artículos sobre la cocina en países remotos como Zimbabue lo mismo que se enlista la gastronomía de México o la de Francia o Alemania en artículos ejemplares por su jugosa concisión. En sus páginas se repasa desde la italiana Frangipane hasta la papa o el asado a la *papillote* al que siguen las fichas sobre la *pappardella*, la *páprika* y la cocina del Paraguay o se da el origen de la “salsa Mil Islas”.

No en balde Guido estuvo tantos años trabajando en la ONU como intérprete activo no sólo en las oficinas sino también se diría entre las cocinas y las mesas. Del *Diccionario internacional de la gastronomía* se desprende un arte de vivir entre los hombres al cual no era ajeno el lingüista Gómez de Silva.

Ese arte también se expresa en su *Diccionario geográfico universal*, una joya para los internacionalistas, diplomáticos y curiosos. El arte de vivir no puede desprenderse del arte de soñar, sentir, pensar y expresar. El *Diccionario internacional de literatura y gramática*⁹ de Guido Gómez de Silva publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1999 y dedicado a la memoria del padre del autor “doctor José Gómez de Silva, un hombre bueno” es ya no una joya sino, que se me perdone la hipérbole, una joyería: contiene “tablas de latinización para diversos sistemas de escritura”, trece según agradecen los editores, desde los caracteres chinos hasta los jeroglíficos egipcios pasando por el manual de sordomudos. La obra se atrevió a reunir cuatro mil años de escritura en un solo tomo y a concentrar la sabiduría de las decenas de idiomas hablados en el mundo del albanés al yidish pasando por el español, el estonio, el neerlandés. En una entrevista publicada con motivo de la aparición de este libro Guido Gómez de Silva decía lo siguiente al periodista Jorge Luis Espinosa. Me permito reproducir una cita del cuestionario para a través de él escuchar la voz inimitable de Guido Gómez de Silva: “La paciencia es útil para escribir un libro cualquiera, pero indispensable para hacer un diccionario, porque cuando uno empieza y aguarda, dan ganas de pararle, de no seguir. Uno tiene que ser muy terco para llegar al final”.

Guido Gómez de Silva era perseverante y sistemático pero no estaba exento de humor ni de gracia. Por eso sus libros nos acompañan y él nos hace tanta falta. No es casual que gracias a él sepamos reconocer el canto de tantos pájaros. **U**

⁹ —, *Diccionario internacional de literatura y gramática*, con tablas de latinización para diversos sistemas de escritura, primera edición en inglés, Elsevier Science Publishers, 1991; primera edición en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 799 pp.

Palabras leídas en la Casa Lamm el jueves 5 de marzo de 2015 en la sesión de homenaje a Guido Gómez de Silva que tributó la Academia Mexicana de la Lengua a un año de su muerte, presidida por Jaime Labastida, director; Gonzalo Celorio, secretario, y Concepción Company Company. En la sesión participaron Margit Frenk, Ascención Hernández Triviño y el autor.